



Madrid 24 de Enero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Formacion de la tierra.—Globo terráqueo, por don Juan Cuesta.—Ciento por uno [conclusion], por doña Angela Grassi.—Madrid en 1862, por Zara.—Los Niños cristianos [conclusion], por don José S. Biedma.—El Gallo, por B.—La Maga, por id.

GRABADOS. La Aduana.—Congreso.—El Gallo.

LICEO DE LOS NIÑOS.

II.

FORMACION DE LA TIERRA.—GLOBO TERRÁQUEO.

HABIENDO sido formada la tierra mucho antes que los hombres, no es fácil que sepamos los pormenores con que Dios llevó á cabo esta magnífica obra. Sabemos solamente que la formó de la nada, gracias á que ÉL quiso revelarnos este secreto en la Sagrada Escritura, con el objeto de que empezáramos á

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

conocerle y admirarle.—Nuestra natural curiosidad nos ha llevado despues mucho mas adelante en este estudio, y aunque todo lo que se diga sobre el particular no puede pasar de conjeturas mas ó menos fundadas, diremos, sin embargo, la opinion que en este punto corre con mas visos de razonable.

Se cree que la tierra al salir de las manos del Criador era una enorme masa de fuego. Fuego inmenso en que venian fundidos todos los elementos, desde las piedras mas duras hasta las mas delicadas materias que habian de entrar á formarlas.

A la manera que en un horno de fundicion metemos un pedazo de hierro, y á fuerza de calor lo convertimos en un líquido ardiente,

Núm. 3.^o

así la tierra entera brotó encendida y líquida de la mano del Eterno, y comenzó á girar en el espacio como si fuera una gota de agua.

Todo estaba allí mezclado y confundido. Si en aquel momento se hubiera enfriado de repente, no se hubieran formado mares, ni rios, ni montañas, sino un conjunto sólido de todas las cosas; un depósito de materiales para una gran obra, que por falta de arquitecto hubiera tenido que abandonarse.

Una vez lanzada la tierra en el espacio, y obedeciendo á los designios del Hacedor supremo, tomó forzosamente la forma redonda, que es la que toman los líquidos cuando se los arroja al aire, y comenzó á girar sobre sí misma con ese movimiento constante que conserva todavía y que conservará mientras sea la voluntad del único que puede detenerla, destruirla ó volverla otra vez á la nada de donde saliera.

Como era natural, aquel globo de fuego se fué poco á poco enfriando por la superficie, y cubriéndose de una corteza mas oscura y espesa que se iba formando con la escoria que el gran calor hacia brotar continuamente del fondo. Esta corteza fué tomando cada vez un aspecto mas sólido, y convirtiéndose en un casco de piedra, que como el de una avellana, envolvió la tierra por todas partes, dejando cubierto el fuego, y ofreciendo ya un aspecto exterior mas apropiado á el objeto á que estaba destinada.

Los vapores acuosos que el inmenso calor de la tierra no habia dejado acercarse á su superficie, se precipitaron en ella convertidos en agua, y se formaron los rios y los mares que refrescaron el suelo, hicieron brotar las plantas y le pusieron en condiciones apropiadas para que pudieran habitar en él los animales, precursores del hombre, que fué la última de las criaturas, y que siendo la mas delicada y perfecta, necesitaba hallarlo todo dispuesto para no perecer al influjo de sus muchas necesidades.

Destinada la especie humana á ser la señora de la casa, la Providencia cuidó de llenársela de cuanto pudiera serle preciso, y antes

que pudiera sentir el hambre y el frio, llenó los árboles de frutos, los rios de peces, el aire de pájaros y el suelo de toda clase de plantas y animales que recreáran sus ojos, saciáran su apetito y cubriesen su desnudez.

La inmensa cantidad de agua que con la tierra entra á formar el globo que habitamos, y cuya historia acabamos de describir á grandes rasgos, ha hecho que entre otros nombres, le demos el de globo terráqueo, ó lo que es lo mismo, globo compuesto de tierra y agua, pues como veremos mas adelante, los mares ocupan una estension mucho mayor que la tierra firme, sin que contemos para nada la que conducen los rios en todas direcciones, la que en forma de nieve cubre casi siempre las montañas mas elevadas, y la que, en estado de vapor, se mantiene en el aire, formando esas caprichosas nubes que, como naves fantásticas impelidas por el viento, cautivan mas de una vez nuestra miradas.

JUAN CUESTA.

CIENTO POR UNO.

(Conclusion.)

Aunque buhonero, no era tan tosco que no comprendiera que se podia sacar mucho partido de una cosa tan maravillosa. Sin embargo, el entusiasmo no embotó sus instintos de comerciante.

—Cuánto quieres por este juguete? preguntó.

—No es mas que un juguete! exclamó Jaime desconcertado.

—Nada mas, y bien poco gracioso por cierto!

El rostro del niño se tiñó de púrpura. Recibió lo que el buhonero quiso darle, y se alejó cabizbajo y pensativo.

Por la vez primera se dirigió muy despacio al hospital á deponer su ofrenda.

Durante todo aquel dia estuvo muy triste, tan triste, que al dia siguiente su padre alarmado, quiso que dejase el trabajo y se fuese á pasear.

Jaime se dirigió á la plaza y se sentó en un banco, sombreado por un copudo árbol.

—¡Oh si yo hubiese estudiado, pensaba, no sé que voz interior me dice que aquello podia servir para otra cosa que para entretener á los niños!

Poco á poco salió de su abstraccion para dar oi-

dos á las palabras que pronunciaban dos caballeros, que estaban parados delante de él. Ambos pertenecian á la servidumbre del conde Mauricio de Nassau, que se hallaba de paso en aquella ciudad.

—Sí, decia uno de ellos, os aseguro que era una cosa admirable! Se veian cosas muy distantes como si estuviesen delante de los ojos!

—Y cómo decís que se llama el inventor?

—Batrus!

—Y ese objeto tan precioso ha desaparecido?

—Robado sin duda alguna... robado, amigo mio, que tambien se encuentran ladrones en las cortes!

Algun amante de la ciencia, por medio de un criado venal.... El señor conde está desesperado!

—Verdad que era mas que un juguete? murmuró una voz junto á ellos.

Ambos se volvieron, y vieron al niño de pié con las mejillas encendidas, con los ojos despidiendo rayos de entusiasmo.

—Verdad que era mas que un juguete? repuso Jaime.

—Qué dice ese niño? exclamó el mas anciano.

—Hablo del antejo, con el cual se ven cerca los objetos que están lejos....

—Qué sabes tú?

—Yo lo he hecho!

—Tú!.... estás loco!

—Queréis otro igual?

—A cualquier precio!

—Volved aquí dentro de dos horas.

Casi por juego los dos caballeros resolvieron esperarle. El niño fué fiel á su promesa: volvió con un antejo exactamente igual al que se habia perdido.

—Ven con nosotros, exclamaron los dos caballeros llenos de asombro, conduciéndole al palacio donde se hospedaba el conde.

Estaba éste en su cámara, sentado en un sillón de damasco recamado de oro, cuando ambos introdujeron al niño, y contaron la estraña aventura que acababa de acontecerles.

El conde tenia el rostro severo como el honrado Métrus. Arrugó el entrecejo, y dijo con cólera:

—Será hijo de algun empleado de palacio! Apuesto á que es él quien lo ha robado!

Jaime se puso pálido de dolor é indignacion.

—Ahí está el inventor, prosiguió el conde, le he mandado llamar por si podia reparar la pérdida: hacedle que entre.

Batrus apareció con otro traje muy distinto del que llevaba siempre, y aunque se turbó un poco al ver al niño, se repuso al oír que el conde decia en tono de chanza señalándole:

—Mirad quien pretende usurparos vuestro invento! Este antejo es el mismo que trujísteis ayer, ¿no es cierto?

—El mismo! repuso imperturbablemente el buhonero.

—Temprano empiezas, niño! exclamó el conde con severidad; dime, cómo lo has robado?

Jaime se echó á llorar.

—Quién es tu padre? prosiguió el conde.

El pobre niño no pudo responder, porque le ahogaban los sollozos.

—Llevadle á la cárcel, añadió, ínterin se averigua quién es su padre y cómo lo ha robado. Y vos, Batrus, id á ver á mi tesorero para que os entregue la suma prometida.

Pero el niño se desasíó de los cortesanos que querian arrastrarle consigo, se arrojó sobre el antejo, que estaba encima de la mesa, y antes que pudiesen impedirlo, ya le habia arrancado los dos vidrios.

—Decidle que los vuelva á colocar! exclamó cruzando los brazos sobre el pecho.

Tan rápida, tan inspirada fué esta accion, que todos quedaron estupefactos.

En cuanto á Batrus, pálido y tembloroso, empezó á dar vueltas entre sus manos á los cristales sin saber qué hacer.

Por último, confuso y anonadado, cayó á los piés del conde confesándose vencido.

—Infame! exclamó éste, y permitíais que el pobre muchacho fuese á la cárcel!

—Lo hacia por complacerle, señor! No merezco ningun castigo! Jaime hacia espejitos para que yo los vendiera, y me habia hecho prometer que no lo divulgaria jamás!

—Luego el producto no era para socorrer á su familia!

—Su padre Métrus es un artesano acomodado.

—Entonces doble crimen, porque protegias con tu silencio sus vicios.

—Oh! no señor! Jaime trabajaba en secreto para los pobres enfermos del hospital, y todas las semanas le veia yo mismo ir á depositar en el cepillo el fruto de su trabajo!

—Ven á mis brazos, niño admirable! exclamó el conde transportado de entusiasmo: ven, y deja que borre con un beso el ultraje que te he hecho antes! El que convirtió á toscos pescadores en lumbreras del Universo, hoy ha permitido que el mayor arcano de la ciencia quedase patente á los ojos de un tierno niño! Esto es lo que hace la fé! Este es el premio que obtiene la sencilla bondad del alma! Ven á mis brazos, ven! Dios que da ciento por uno, ha recompensado con usura tu caridad! Serás mi hijo, porque yo te adopto, y tu nombre inmortalizado pasará á los siglos de los siglos en alas de la fama!

¡Cómo pintar la alegría del buen Métrus, cuando vió que la magnífica comitiva del conde se paraba en la puerta de su tienda! ¡Cuando vió al mismo conde

descender de la dorada carroza, llevando á su hijo entre los brazos!

Así que supo todo lo que habia sucedido, alzó los ojos llenos de lágrimas al cielo, y bendijo á la madre que le habia dado un hijo tan digno de perpetuar sus virtudes.

El conde le hizo magníficos regalos, señaló un dote para cada una de las niñas, y se llevó consigo á Jaime, el cual abrazó la carrera eclesiástica, siendo con el tiempo una de las mas luminosas lumbreras de la Iglesia. Consagró toda su vida á los enfermos desvalidos, y no murió sin el consuelo de haber fundado dos hospitales que perpetuarían su nombre, si no le perpetuase ya su milagroso descubrimiento.

En cuanto al anteojo, fué remitido á Galileo, que se hallaba en Venecia, quien lo perfeccionó y lo puso en estado de convertir la astronomía en una ciencia casi exacta.

Desde entonces el firmamento fué un libro abierto, en el cual los ojos de los mortales pudieron descifrar el nombre de Dios escrito en cada estrella.

ANGELA GRASSI.

MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

II.

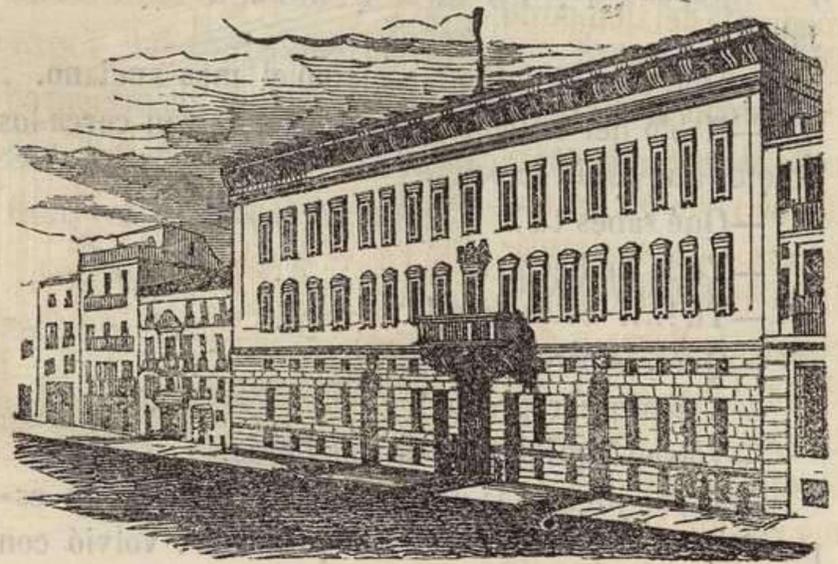
Por mi carta anterior, mi querida Jenny, habrás visto el efecto que produjo en mí la vista exterior de Madrid, por mas que esta poblacion no sea de las que ofrecen buenos puntos de vista, por la aridez de sus cercanías: voy á continuar participándote mis impresiones, pero sin sujetarme á plan ninguno, hablándote por la noche de lo que haya visto por el dia, de las calles ó del paseo que haya recorrido, del teatro en que haya estado la noche anterior, etc., y así me parecerá que estás aquí conmigo, y que tomas parte en todos mis pensamientos y sensaciones.

Empezaré por darte una idea general del interior de la Villa, porque Villa, y nada mas, continúa siendo todavía, no sé porqué razon, la córte de España, ni mas ni menos que cuando la casa de Ayuntamiento estaba en una plazoleta de la calle de Segovia, donde se ven aun, toscamente labradas en piedra, las tradicionales armas del oso asido al madroño.

Hácia esta parte de la calle de Segovia y sus adyacentes, es el Madrid primitivo, el Madrid antiguo, donde todavía se conoce la forma que los árabes daban á sus poblaciones, y que tan claramente se revela en

otras muchas ciudades de España. Calles estrechas y tortuosas, intrincadas callejuelas, cuevas enormes, casas de mal aspecto exterior, mezcladas á alguna que otra que se va reedificando.

Esta calle, llamada de Segovia, terminaba antes en una puerta del mismo nombre, que hoy está derribada, encontrándose en seguida el magnífico puente de nueve arcos de piedra, que en el reinado de Felipe II construyó el célebre arquitecto Juan de Herrera, y cuyos elevados estribos han cubierto en gran parte las arenas del rio. A la derecha de este puente hay un hermoso plantío de árboles, donde antes solo habia un barranco ú hondonada, y una linda escalinata con árboles, arbustos y fuentes, en el sitio que ocupaba una arenosa cuesta, llamada de la Vega. Siguen los jardines del Campo del Moro y el parque de Palacio, hasta la puerta de San Vicente; y al frente el



La Aduana.

rio y la Casa del Campo, que es una estensa posesion del Real Patrimonio, cuyos frondosos bosques forman en el horizonte una alfombra de verdura.

Pero volviendo al interior de la poblacion por esta parte, en medio de que es la que menos progresos ha hecho, la he recorrido con placer porque está llena de recuerdos históricos. Allí, en la plazuela de la Paja, la capilla gótica que fundó el obispo D. Gutierre de Vargas y Carvajal, con el suntuoso enterramiento de este personaje; la iglesia de San Andrés, con su enorme nido de cigüeña en la torre; las casas de don Pedro Lasso de Castilla, hoy del Infantado, donde el cardenal Jimenez de Cisneros impuso á los grandes del reino, sacándolos al balcon y haciendo disparar á su presencia la artillería; y el magnífico templo de San Francisco el Grande, una de las excelentes obras que nos quedan del reinado de Carlos III, y que ha sido recientemente restaurado.

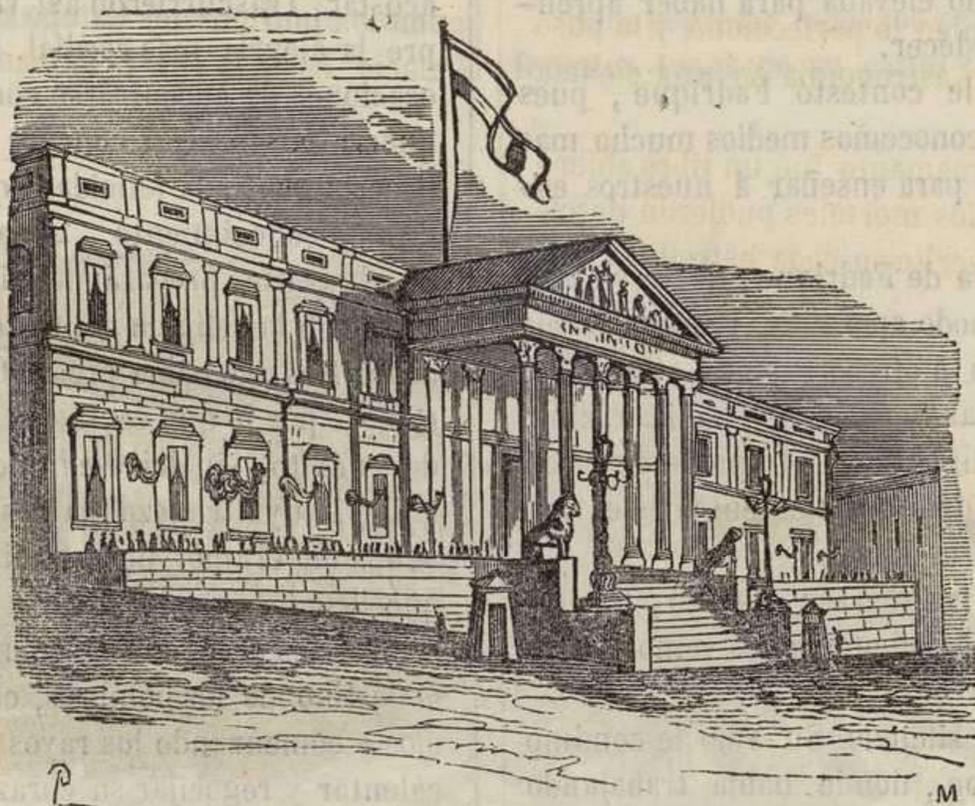
Esta fué mi excursion del primer dia que estuve en Madrid. Al segundo empecé á recorrer esta otra

parte que puede llamarse Madrid nuevo, y que ofrece un aspecto bien distinto. Calles que en gran parte se han rectificado y ensanchado; hermosas casas que se levantan por todas partes, con buenas fachadas y portales elegantemente decorados, sustituyendo á edificios antiguos con estrechas y oscuras entradas, y plazas con esos plantíos de árboles, que tanto hermosean las poblaciones. En la Plaza Mayor, que es la mejor de España, no he encontrado mas diferencia que la de haberse concluido el arco que da á los portales de Provincia, y la de haberse colocado en medio la estatua ecuestre de Felipe III, que á pesar de sus grandes defectos, adorna aquel sitio. Por lo demás, allí está todavía la histórica casa de la Panadería, que data del siglo XVII, y la casa donde vivió la Calderona, célebre comediante del tiempo de Felipe IV.

Tambien ví, en la calle Mayor, las casas donde vivieron los célebres autores dramáticos D. Pedro Calderon de la Barca y don Félix Lope de Vega, bajando luego á la Puerta del Sol que, como en mi anterior te dije, presenta hoy un hermoso golpe de vista, con su semi-círculo de magníficas y lujosas tiendas, nuevas desde la calle del Arenal á la de Alcalá, á cuya entrada se ve el soberbio edificio de la Aduana, hoy Ministerio de Hacienda.

Yo queria seguir por esta calle, que es la mejor de Madrid: pero tu papá se empeñó en que habíamos de ir á ver el Congreso, edificio situado al final de la Carrera de San Gerónimo, en la plaza de su nombre, donde hay una estatua del inmortal autor del Quijote. El exterior no me pareció mal, aunque pequeño para su objeto: tu papá se quedó allí, porque queria ver el salon de las Sesiones y el de Conferencias, que le habian ponderado, y mi hermana y yo nos volvimos á casa, donde aprovecha esta ocasion de escribirte tu

SARA.



Congreso.

LOS NIÑOS CRISTIANOS.

[Conclusion.]

Fadrique vivia en tanto tranquilo y feliz en el seno de su numerosa familia. Pero el recuerdo de su amado hermano no le abandonaba nunca. Quién puede describir la alegría de su primera entrevista, cuando entró en la casa el resucitado Rodrigo, cuando se abrazaron los dos hermanos, ancianos ya, con un amor mas grande todavía qu en los dias de su juventud, cuando los hijos de Fadrique, que se hallaban entonces en la flor de su vida, corrieron á ver á su no esperado tio? No con palabras, sino con lágrimas puede espresarse la alegría que esperimentó toda la familia. Refirió Rodrigo sus aventuras, y cuando hubo concluido estrechó su hermano su mano diciendo:—Bienaventurados los que permanecen fieles al Señor! La virtud de un cristiano obtiene mas victorias que su espada.

La madre y los niños levantaron las manos al cielo y dieron gracias á Dios. El regreso del caballero causó gran sensacion. Aquellos ocho desgraciados esclavos cristianos puestos en libertad por su magnanimidad, no dejaban de referir lo que habia pasado y de elogiar á su libertador. La misma Orden lo miró en lo sucesivo con grande aprecio, y lo elevó á los primeros cargos. La lucha con los infieles continuaba en tanto, pero la elevada posicion de Rodrigo le retenia en Malta. Se determinaron hacer grandes preparativos, pues los turcos habian ocasionado á los cristianos pérdidas de consideracion. Los caballeros volvieron esta vez vencedores, trayendo dos buques enemigos con gran número de mahometanos prisioneros al puerto de Malta. Para celebrar el triunfo mandó el gran Maestre conducir á los prisioneros encadenados entre las aclamaciones del pueblo por las calles hasta el patio de su palacio, donde se hallaban reunidos todos los caballeros para decidir la suerte de aquellos desgraciados. Rodrigo, comendador á la sa-



zon de la Orden, estaba al lado del gran Maestre, y paseaba pensativo sus miradas sobre los prisioneros, recordando el momento en que se habia visto en Argel en una situacion parecida; detuviéronse sus ojos de repente, pues habian encontrado facciones conocidas. Cid Muley se hallaba entre los prisioneros. Aquel hombre orgulloso y atrevido estaba encorvado bajo el peso de su desgracia, y no se atrevia á levantar los ojos. Rodrigo habló aparte al gran Maestre, y despues de un breve diálogo mandó llamar á su hermano, que instruido de todo, compró á la Orden como esclavo por una grande suma al prisionero Cid Muley.

—No me compres, le dijo éste, no tendrás en mí un esclavo trabajador ni obediente, pues soy de una condicion demasiado elevada para haber aprendido á trabajar ni á obedecer.

—Tú aprenderás, le contestó Fadrique, pues nosotros los cristianos conocemos medios mucho mas enérgicos que vosotros para enseñar á nuestros esclavos.

Llegaron á la morada de Fadrique, donde se condujo al turco á un cómodo aposento, y quitadas sus cadenas, se apresuraron á ofrecerle algun alimento y á curar las mal cuidadas heridas que habia recibido en el combate. Los hijos de Fadrique le llevaron frutas y flores. Algunos dias despues entró éste una mañana en el cuarto del esclavo.

—Ya has recobrado las fuerzas, le dijo, tus heridas están ya curadas, sígueme, pues vamos á trabajar.

Muley le escuchó en silencio. Su amo le condujo á una hermosa plantacion, donde habia trabajando un gran número de hombres. Sin embargo, allí ningun esclavo estaba encadenado, ni agitaba su látigo ningun inhumano capataz.

—¿Quiéres tener aquel pámpano y ayudarme á coger las uvas maduras? dijo Fadrique á Muley.

Éste se apresuró á hacerlo; cómo podia negarse á tan afectuosa súplica! Y se puso á trabajar con su amo. Cuando llegaron las calurosas horas del medio día, Fadrique le condujo de nuevo á su cuarto y le permitió descansar un rato, despues le llevó á trabajar de nuevo, acompañándole en su ocupacion hasta la caida de la tarde.

—Hoy me has ayudado bien en mi tarea; justo es, por lo tanto, que participes de mi diversion, le dijo Fadrique con cariño, y condujo al mahometano á un pintoresco sitio desde donde la vista se estendia libremente por el mar. Sentáronse allí en la yerba, y mientras gozaban el imponente espectáculo del sol al ponerse en el mar, preguntó Fadrique á su prisionero lo que á él, un hombre tan principal, habia obligado á embarcarse y esponerse á ser hecho esclavo. Éste no vaciló en referirle lleno de sombrero pesar que se habia embarcado para perseguir á algunos

esclavos cristianos que se le habian escapado, y que cuando los iba ya á alcanzar, cayó en poder de los caballeros de Malta.

Les interrumpió la llegada de las hijas y nietas del anciano, que sabiendo que Fadrique acostumbraba á ir á aquel lugar á ver ponerse el sol, habian ido en busca suya. Muley no podia separar sus miradas de esta escena de felicidad doméstica que le ofrecia el anciano rodeado de los suyos. Conmovero por nuevos sentimientos, siguió á la familia cuando regresaba á su casa como sumido en un profundo ensueño. Encontró allí á la esposa de su dueño sentada ya á la mesa, donde volvió á experimentar la mas profunda emocion, cuando el anciano en medio de sus hijos pronunció una corta y sentida oracion antes de irse á acostar. Trascurrieron así varios dias, reinando siempre la alegría mas cordial. Rodrigo evitaba todas las ocasiones de encontrarse con el mahometano, pues queria enseñarle á conocer el cristianismo antes de hacerle sentir la felicidad, que seria la consecuencia de este conocimiento, al ver despertar en sí el deseo de abrazarle, preparándole insensiblemente á ser recibido en la religion del Crucificado. El noble comendador Rodrigo habia prescrito á su hermano este camino, por lo que venia con frecuencia á informarse de su éxito, sin dejarse nunca, sin embargo, ver de Muley, cuya tristeza iba desapareciendo poco á poco, ocupando el amor de la familia de Fadrique el lugar que llenaba antes el amor á su patria. Oia con placer los discursos de éste sobre la virtud, la religion y el destino de los hombres, corriendo lágrimas de sus ojos y comenzando los rayos de la religion cristiana á calentar y regocijar su corazon.

En una ocasion le observaba Fadrique ínterin estaba bajo un árbol con los niños, y una niña le enseñaba un Crucifijo de marfil que la habia regalado su abuela en aquel dia, que era el de su cumpleaños.

—Pobre de tí, le decia la niña, que no conoces al Salvador que está aquí, colgado en la Cruz. Yo te contaré su vida.

Muley la escuchó muy conmovido, dejándose referir lo que sabia ya, pero que en la boca de un niño parece mas dulce y consolador.

—Ahora contempla al Salvador crucificado, continuó la niña, del que ni la misma muerte ha alterado la tranquilidad de su rostro: ah! ya que nos amas tanto, ¿por qué no eres cristiano como nosotros? Pues Jesus dice: «Se conocerá que sois mis hijos, si os amais mutuamente.»

—Y mas que á nadie amaba á los niños, prosiguió otro de sus hermanos. En una ocasion dijo á sus discípulos. «Dejad á los niños acercarse á mí y no se lo impidais, pues de ellos es el reino de los cielos.»

—Sí, exclamó Muley profundamente conmovido por esta pueril sencillez: sí, en vuestros corazones

habita la paz de Dios. Oh, tú gran Sér! Dejad que le estreche en mi seno.

Entonces tomó el Crucifijo que le presentaba el niño y le oprimió llorando contra sus labios. En esto llegó Fadrique, y le dijo como sino hubiera oído nada de su conversacion:

—Hace un año que estás aquí; en él he querido enseñarte como tratamos á nuestros enemigos, segun los principios de nuestra religion. Tú has visto la vida y obras de una familia cristiana: ahora eres libre, puedes regresar á tu patria si te agrada.

Muley quedó en silencio mirando al Crucifijo que tenia en sus manos. Pero los niños le abrazaron exclamando:

—No, tú no debes abandonarnos, debes quedarte aquí, pues nadie del mundo te quiere tanto como nosotros.

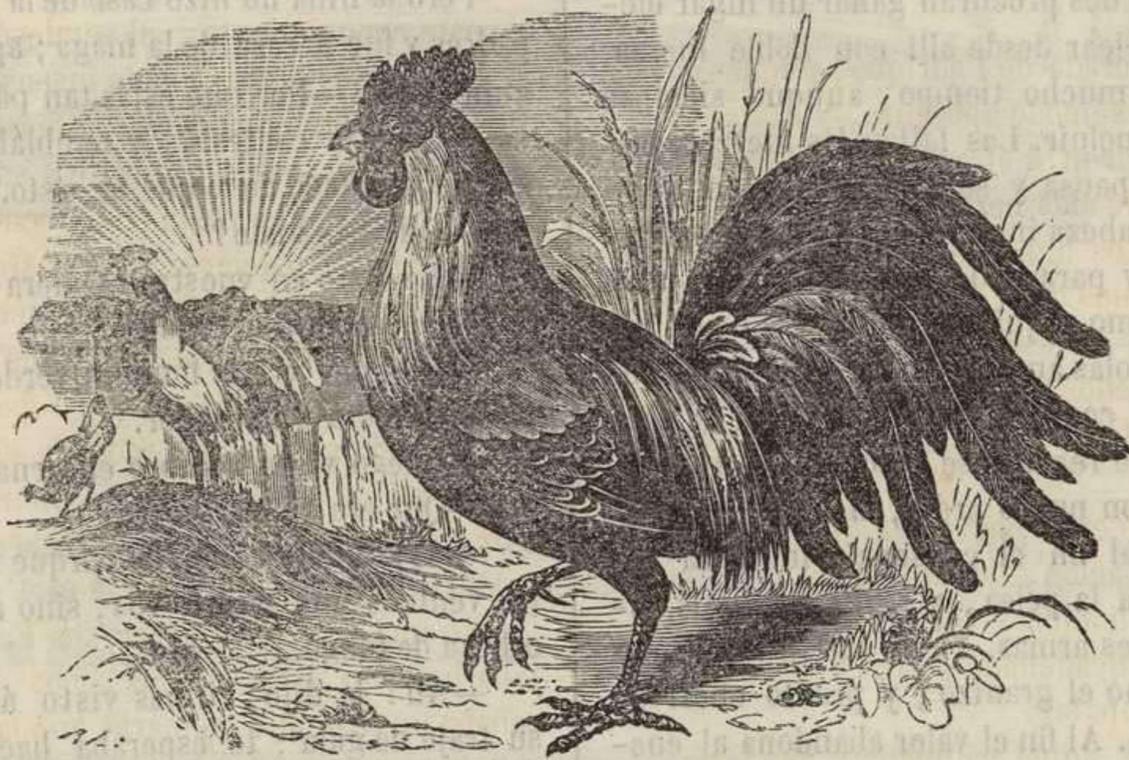
—Yo no, el Señor es el que da fuerza á los débiles, y solo Cristo es el camino y la verdad en la vida.

JOSE S. BIEDMA.

EL GALLO.

Un gallo orgulloso y atrevido es el mas hermoso de todas las aves. Lleva alta su coronada cabeza, se dirijen hácia todos lados sus ojos de fuego, ningun peligro le coge descuidado, y á todos puede desafiarlos. Desgraciado del gallo extraño que se aventure á meterse entre sus gallinas!

Sabe espresar todos los pensamientos por los diferentes tonos de su canto y los movimientos de su



El Gallo.

Entonces se arrojó en los brazos del anciano diciendo:

—Tenedme siempre á vuestro lado! No me arrojéis en un mundo desierto é insensible. Quiero ser cristiano como vosotros.

A estas palabras se presentó ante él el comendador Rodrigo.

—Muley! exclamó abriéndole los brazos.

Cuando éste le hubo reconocido le estrechó por largo tiempo en los suyos, permaneciendo así por un largo rato, en el que solo se escuchaban los latidos de su corazón.

—Tú eres mi ángel protector, dijo Muley. Tú has salvado una vez mi vida y ahora salvas mi alma.

El piadoso Comendador movió dulcemente la cabeza y le contestó:

cuerpo. Tan pronto se le escucha llamar en alta voz á la gallina que prefiere á todas las demas si ha encontrado algun granillo de trigo, pues reparte con ella todos sus hallazgos; como se le ve encaramarse en un rincon, donde construye un nido para ella, ó se pone al frente de sus compañeras para conducir las al campo, como su guia y protector; pero apenas se ha alejado cien pasos del gallinero, oye en el corral el alegre canto de una gallina que le anuncia que acaba de poner un huevo. Vuelve en el instante, la saluda con tierna mirada, se asocia á su cántico de alegría y se apresura á reunir á las demas para ponerse de nuevo á su cabeza.

Siente el mas ligero cambio del viento, y le anuncia con su ruidosa voz; anuncia la venida del dia, y llama al trabajo al laborioso labrador. Vuela encima

de una pared ó un techo, bate sus alas con fuerza, canta y parece querer decir: «Aquí estoy yo! Quién se atreve conmigo!»

Ostenta en su mayor esplendor toda su hermosura, cuando por la mañana temprano cansado del largo reposo, abandona el gallinero y saluda alegre á las gallinas, que se ponen en marcha detrás de él; pero todavía se muestra mas hermoso y orgulloso en el momento en que hiere su oído el grito de un gallo extraño. Escucha, mueve las alas, eleva el cuello con osadía é incita con ruidoso canto á la pelea. Apenas distingue á su enemigo se precipita sobre él, sea grande ó pequeño, ó sale á su encuentro á todo correr. Ya han comenzado la lucha; las plumas de sus cuellos se levantan y forman un escudo, saltan chispas de sus ojos, y cada uno procura vencer al otro, mientras saltan los dos con todas sus fuerzas.

¿Quién será vencedor? Ambos parecen iguales en vigor y osadía. Los dos procuran ganar un lugar elevado para poder pelear desde allí con doble fuerza. La lucha dura por mucho tiempo, aunque siempre parece que va á concluir. Les faltan las fuerzas, hacen una pequeña pausa y se quedan uno en frente del otro con la cabeza inclinada, aunque preparado para el ataque y para la defensa, buscando migas por el suelo, como si quisieran burlarse de su adversario, saboreándolas aun en medio de la pelea. Entonces el uno canta con débil voz, pues casi ha perdido el aliento, y de repente se precipita el otro sobre él. Combaten con nuevo ardor, luchan como anteriormente, pero al fin el cansancio inutiliza sus alas y sus piés para la pelea, y recurren á sus últimas y mas terribles armas. Ya no saltan, pero sus picotazos caen como el granizo, y pronto chorrean sangre sus cabezas. Al fin el valor abandona al enemigo, vacila y retrocede: entonces recibe todavía un certero picotazo y se ha terminado la ardiente batalla. Vuela, levanta las plumas del cuello, alza las alas, mueve la cola, busca un rincón, se encoje y cacarea como una gallina. El vencedor sin embargo no se deja deslumbrar por la derrota, pues apenas ha recobrado el aliento, levanta las alas, canta victoria y se lanza en persecución de su enemigo, que no se defiende mas, aunque haya de entregar su vida á los picotazos de su encolerizado adversario.

(Traducido del alemán.)

B.



LA MAGA.

[Cuento de Grimm.]

Habia en una ocasion una niña pequeña, que era muy curiosa y terca, y cuando sus padres la reñian por ello no queria hacerlos caso. Un dia dijo á sus padres:

—He oido hablar mucho de una maga; las gentes refieren cosas admirables de ella y de su casa, y tengo deseos de verla.

Sus padres se lo prohibieron formalmente, diciéndola:

—La maga es una mujer muy mala, que ejerce una profesion impía, y si vas á su casa no te miraremos ya como hija.

Pero la niña no hizo caso de la prohibicion de sus padres y fué á casa de la maga; apenas llega la preguntó ésta:—Por qué estás tan pálida?

—Ah! la contestó, y temblaba todo su cuerpo, me he asustado de lo que he visto.

—Qué has visto?

—He visto en vuestra escalera un hombre negro.

—Que era un carbonero.

—Despues ví un hombre verde.

—Que era un cazador.

—Luego ví un hombre encarnado.

—Que era un carnicero.

—Ay, señora! tiemblo porque al mirar por vuestra ventana no os ví á vos, sino al diablo con una cabeza de fuego.

—Ah! la dijo, tú has visto á la hechicera con su traje de gala; te esperaba hacía mucho tiempo, y deseaba tu venida, debes alumbrarme!

Entonces convirtió á la niña en un pedazo de madera y la arrojó al fuego, y cuando ardia con mas fuerza se sentó allí cerca y comenzó á calentarse diciendo:

—Ahora sí que alumbraba bien!

(Traducido del original alemán.)

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.